



Rubén Unda, Justo Ugarte y Mario Hugo Sepúlveda interpretando "Yo Digo Siempre Sí", canción política humorística y uno de los números más aplaudidos de "La Pérgola de las Flores".



Después de la función dedicada especialmente a las pergoleras, el más joven de los espectadores pasó a saludar a las actrices Carmen Barros, Maruja Cifuentes, Nelly Meruane y Silvia Piñero, coquetean con el admirador.



Jorge Quevedo y Dora Barahona bailan la cueca con que termina "Don Lucas Gómez".

CRITICA TEATRAL

POR SERGIO VODANOVIC

"LA PERGOLA DE LAS FLORES"

EN este período del teatro chileno en que la comedia musical al estilo americano empieza a asomarse en nuestros escenarios, muy poco más podría pedir el más exigente crítico que lo que el Teatro de Ensayo nos ha presentado en el Camilo Henríquez. "La Pérgola de las Flores" tiene todas las características de un género que se ha ido imponiendo a través del mundo y que parece ser el legítimo heredero de la opereta vienesa o la zarzuela española: vitalidad, gracia, frescura, música popular y contagiosa. El resultado de "La Pérgola de las Flores" sorprende al más optimista. Es una representación que funciona sin tropiezos ni baches, en que el entusiasmo de los intérpretes contagia a los espectadores, donde un conjunto de artistas han sumado sus esfuerzos para ofrecer un espectáculo que si bien es intrascendente, de acuerdo a los cánones del género, tiene, en cambio, brillo y vitalidad. Para el espectador acostumbrado a la parsimonia del intérprete chileno, generalmente opaco y tímido en el escenario, la carencia de inhibición que muestran actrices y actores de esta comedia musical ha de resultarles una grata revelación: bailan, cantan, apuran la acción de sus parlamentos y consiguen entretener en todo momento con notable facilidad. El mérito principal de este éxito indubi-

table que ha tenido el Teatro de Ensayo recae, especialmente, en la dirección de Eugenio Guzmán. Es, sin duda, su mejor trabajo. El ritmo de la comedia musical se ha llevado sin concesiones, la caracterización de los personajes está hecha con sutiles toques y el engarzamiento de la música en el texto lo ha realizado con exacta precisión. Para este meritorio trabajo directivo, Guzmán contó con un libreto de Isidora Aguirre, directo, de medida gracia y de simple pero bien urdida trabazón. La autora ha encontrado en la comedia musical el género más adecuado para sus condiciones de escritora siempre atenta al detalle pintoresco y a la fina caricatura. La música de Francisco Flores del Campo, variada y grata, tiene el sello de calidad que caracteriza a este compositor. Muchas de sus canciones se harán populares a breve plazo. Bernardo Trumper, a cargo de la escenografía, la iluminación y vestuario, no sólo muestran buen gusto. Su extraordinario mérito es haber ideado un dispositivo escénico que permitiera el constante cambio de los hermosos decorados, sin que se perdiera jamás el ritmo de la acción. Pero es muy posible que "La Pérgola de las Flores" no hubiera obtenido los aplausos que recogió la noche de su estreno, sin la afortunada circunstancia de la presencia entre nosotros de Juana von Laban, profesora norteamericana, becada por la Comisión Fulbright. Ella es la responsable de la coreografía y, en los diversos cuadros balzables de la comedia musical, se advierte de inmediato su experta mano. En cuanto a los intérpretes, resulta difícil destacar figuras en un elenco cuyo trabajo rebasó vitalidad y entusiasmo. Ana González creó una pergolera de finos trazos, con una actuación sobria y

medida que incita al elogio sin reservas. Su personaje no es el más brillante, pero sí el mejor realizado. Carmen Barros impuso su bella voz y condiciones de comediante que, en esta oportunidad, lucieron especialmente. Silvia Piñero, una vez más, reveló su extraordinaria vena cómica y su instinto teatral. El público rió abiertamente con su interpretación, aun cuando es justo reconocer que se repite un tanto. ¿Pero será pecado repetirse cuando lo que se ofrece es tan sabroso? Entre los actores, Mario Montillos sorprendió con una excelente caracterización de un maestro coronero bonachón, medio enamorado y medio beodo. Elena Moreno, Maruja Cifuentes, Justo Ugarte, Mario Hugo Sepúlveda, Rubén Unda, Charles Beecher, Fernando Colina, Hernán Leteller destacan, igualmente, en medio del abundante reparto. Podrían hacerse algunas reservas a ciertas escenas que no desmerecen la calidad general. La participación de los estudiantes resulta, por ejemplo, demasiado imitativa de lo norteamericano. El penúltimo cuadro, en el que se canta la más hermosa de las canciones y, también, la más aplaudida —Tonadas de Medianoche—, nos pareció un injerto dentro de la acción, haciendo que ella se detenga cuando el desenlace ya está próximo. Pero estas observaciones, como otras que podrían merecer, aguzando el ojo crítico en el tratamiento de algunas escenas, no disminuyen el impacto de simpatía, de sano regocijo que produce esta comedia musical chilena que el Teatro de Ensayo nos ha presentado. Dentro de los marcos de un género de la mayor liviandad artística y literaria, y que en su intrascendencia conceptual reside una de sus más precisas características,

"La Pérgola de las Flores" es un logro apreciable para nuestro movimiento teatral. El Teatro de Ensayo no ha hecho aún una programación completa para el presente año. Después de ver "La Pérgola de las Flores", se nos ocurre que no tienen necesidad de buscar nuevas obras. La comedia musical de Isidora Aguirre y Francisco Flores del Campo bien puede durar en la cartelera del Teatro Camilo Henríquez hasta diciembre.

"Don Lucas Gómez"

JORGE Quevedo, encabezando su propia compañía, ha revivido en el escenario del Teatro Talía, a Don Lucas Gómez que, por allá por 1885, revolucionó al movimiento escénico chileno. Desde entonces, Don Lucas Gómez pasó a ser un personaje popular, y las nuevas generaciones que nunca tuvieron la oportunidad de ver la creación de Mateo Martínez Quevedo se familiarizaron con la personalidad de este huaso campechano que pasa serios apuros al pretender ajustarse a los convencionalismos ciudadanos. Es famoso el di-

cho: "Igual que don Lucas Gómez; él los trae, él los come". En esta nueva versión del sainete que fuera otrora tan popular, se aprecia de inmediato el cuidado que se ha tenido en su puesta en escena. Desde el telón de boca, evocatorio de aquellos que engalanaban las salas de principio de siglo hasta los bien diseñados trajes, la producción muestra cuidado y dignidad artística. Para la sensibilidad de nuestro tiempo, el humor de Martínez Quevedo resulta, indudablemente, simple e ingenuo. Todo gira en torno a una situación y de ella extrae el autor sus chistes y juegos de palabras. Sin embargo, el día de su estreno, este humor elemental probó que mantenía su eficacia ante un vasto sector del público que celebró regocijado algunos de los parlamentos de Don Lucas Gómez y de su atildada parentela santiaguina. Además, esta reposición ha servido para que el sainete adquiera, con el transcurso del tiempo, una calidad insospechada de pequeña crónica costumbrista. Los apuros que pasa el campechano huaso en su visita a Santiago permiten al espectador de nuestros días asomarse con curiosidad en las intimidades de una vida capitalina, que adquiere risonas características. El reparto, bajo la dirección de Quevedo, actuó con honestidad artística. Es una actuación pareja que no promueve ni al elogio abierto ni al reparo. Más bien, los intérpretes de la compañía de Jorge Quevedo eralizan un trabajo sobrio y medido, consiguiendo una uniformidad que es su principal mérito. La homogeneidad interpretativa no es corriente en las llamadas compañías profesionales. Correspondió a Jorge Quevedo dar nueva vida a Don Lucas Gómez. Su interpretación fue mesurada y, en muchos parlamentos, supo explotar la gracia de su personaje. Le faltó una mayor vitalidad y socarronería. Su hablar fue demasiado pausado para traducir las explosivas reacciones de este huaso que "no se encuentra" en Santiago. Dora Barahona, Anita Mirlo y Lisette Wach pusieron adecuado marco femenino al reparto, mientras que las intervenciones de Estela Loyola —un tanto forzadas—, permitieron oír su agradable voz en algunas canciones tradicionales. En el resto del reparto masculino, Armando Fanoglio y Calvin Lira interpretaron sus respectivos papeles con precisión, pero sin brillo. En cuanto a Ramón Díez, realiza una deliciosa "maquette" en su papel de policía con un bien estudiado juego mimico. Cada vez que Díez aparecía, "se robaba la escena", por usar la gráfica expresión de uso corriente entre los cómicos. En resumen, "Don Lucas Gómez" es un espectáculo realizado con dignidad con una puesta de escena muy cuidada y de una gracia que, si bien es simple, logrará llegar, tal vez, por eso mismo, a un vasto sector del público.